

TERCERA PARTE.

EL LUJO EN ASIA MENOR.



CAPÍTULO PRIMERO.

LOS SEMITAS.

«Saquead plata, saquead oro; las riquezas son infinitas, y su suntuosidad supera á todo lo que puede imaginar la codicia.»

NAHUM, III, 9.

CUANDO la Europa entera, sin excepción de país alguno, vivía en plena barbarie, cuando Atenas y Roma tardaron aún siglos y siglos en nacer, los pueblos semitas africanos y asiáticos vivían la vida de la civilización. Es decir, tenían un gobierno fijo y permanente, una religión, una organización social estable, un arte, una ciencia, una industria.

Cuando las costas europeas no veían más embarcaciones propias que las canoas formadas de troncos de árboles sin desbatar, ó de cuero, abordábanlas de vez en cuando las naves de un pueblo semítico, que ya se atrevía á salir del Mediterráneo y llegaba hasta Inglaterra, en busca del estaño con que alimentar sus hornos de fundición de bronce, metal completamente desconocido á la sazón de los Europeos.

Cuando los europeos ni aun habían conseguido mediante la pictografía dar con el me-

dio de conservar la memoria de los hechos, los semitas no sólo habían inventado más de un alfabeto completo, no sólo sabían escribir, sino que tenían historiadores, poetas y novelistas, toda una literatura, que el siglo XIX ha revelado á la humanidad, después de haber llorado esta pérdida por muchos siglos.

Cuando á los europeos cualquiera fenómeno físico les infundía pavor, los semitas sabían guiar una nave orientándose por medio de las estrellas, sabían calcular el movimiento de los astros, pronosticar los eclipses, y medir el tiempo inventando un calendario que con corta diferencia es el mismo que hoy rige.

Cuando los europeos apenas sabían tallar las piedras y grabar los huesos y astas del renífero, los semitas tenían un arte y una industria; construían templos suntuosos; conocían el uso de la columna; tenían una estatuaria cuyo canon se ha buscado en nuestros días; tenían unas artes industriales adelantadísimas, sabían fundir y labrar toda clase de metales, construir toda clase de edificios y muebles, casas, puentes, buques, etc. Todo esto sabían los semitas cuando nuestros primitivos antepasados ni aun sospechaban su existencia. Y no lo podían sospechar, porque los semitas vivieron siglos y siglos sin cuidarse de los salvajes que erraban por los valles del Tiber, del Ebro, del Sena, del Támesis, de la Sprea, etc.

En suma, sea lo que quiera la parte que en la civilización y progreso humano quiera hacerse al semitismo, no hay razón ni para discutirla, ni para rebajarla, ni para escarnecerla, sino para ponerla muy alto, para ponerla encima de todo: ¿acaso no les debemos nuestra religión? No queremos decir que les debamos la religión cristiana, sino la religión de todos los hombres civilizados de Europa y América que han sabido romper los lazos terrenales de todas las religiones positivas para elevarse, como lo enseña Jesús, sin intermediario alguno, al conocimiento de Dios, del Ser Supremo, mejor, del Ser. Lo mismo el señor Renan que los más implacables enemigos del pueblo semítico, señalan hasta como misión providencial, la de haber difundido el pueblo semítico el conocimiento de Dios *uno* por todo el mundo. Nosotros creemos, sin embargo, contra muchos autores, que el pueblo hebreo á quien en especial somos deudores de esta enseñanza monoteísta, pasó también por un período politeísta, pero esto no quita que primero que otro pueblo alguno de la tierra no se hubiese elevado al justo conocimiento de Dios.

No permite nuestra obra trazar los límites de la extensión de la raza semítica que nos ocupó ya en otra obra, ni dar las razones que nos llevan á apoyar la tesis del semitismo de los egipcios; si pues hemos presentado á éstos á parte, no ha sido sino por la antigüedad de su civilización, pues todo cuanto hemos dicho de los semitas asiáticos, respecto de los europeos y de Europa, y aun mucho más, se puede dar por repetido del Egipto respecto á los semitas asiáticos. El Egipto se moría ya de puro viejo, cuando los semitas conquistaron el delta del Nilo—en tiempo de la dinastía XII—pero no es menos exacto que el egipcio se encerró dentro del valle del Nilo, como el caracol se encierra dentro de su concha, esto es, para no salir de él sino rara vez y casi siempre obligado por la necesidad de la defensa.

Puede pues asegurarse que antes de la XII dinastía la civilización del Eufrates y la del Nilo corrían independientes como estos dos ríos, separados por los desiertos de la Arabia y los feroces montañeses de la Siria, no habiéndose compenetrado sino el día en que la conquista sometió los egipcios á los pastores.

La cuna del semitismo asiático parece que debe ponerse en el delta del Eufrates, que el profeta Isaías dice que aventaja al Nilo, lo que no es exacto. Cierto que tiene también sus

avenidas anuales, pero el limo que éstas dejan no reúne las condiciones del limo egipcio, de modo que con razón se dice que causa tanto bien como mal. El Eufrates adquiere una gran importancia por reunirsele el Tigris, cuyos orígenes apenas distan cien kilómetros del mar Negro, convirtiéndose por esta causa en navegable en toda su extensión, de la Armenia al golfo Pérsico. La región que el Tigris y el Eufrates cierran con las montañas del Kurdistán es la famosa Mesopotamia de los griegos, el Sennaar de la Biblia, el Naharain antiguo.

Tiene esta península una extensión considerable. Desciende de los grados 38 al 35 de latitud, y esto explica por sí solo que en ella se hallen zonas climatológicas y agrícolas muy diferentes. La región al arrimo de las montañas del Kurdistán es una región templada, en algunos puntos, en la montaña, fría. Las nieves alegran sus alturas, mientras en los valles por razón de su latitud se perpetúa la primavera. Pero á medida que se va bajando hácia Babilonia la temperatura va subiendo, haciéndose cada vez más tropical; en los límites con dicho país estamos en pleno país del sol, de modo que, comparando la región del N. con la S., se puede decir que son dos mundos distintos.

La provincia Babilónica que contamos desde la antigua Pirisabora hoy Bersabora, hasta el Golfo Pérsico, es una lengua de tierra estrecha, cerrada por los dos ríos, cuyas cuencas están separadas por el desierto que desde el mismo Norte hasta la confluencia de los dos ríos, no lejos del dicho golfo, va bajando sin interrupción, y esto explica como á pesar de su proximidad, el Tigris haya podido ser un rival del Eufrates, y enemigos irreconciliables los pueblos de dichos valles: estos irreconciliables se llaman en la historia Babilonia y Ninive.

Allí donde los dos grandes ríos reúnen sus aguas, allí donde termina la Mesopotamia, por consiguiente allí donde principia el delta, comienza otra región, el Schat-el-Arab, es decir, la Caldea, su capital Ur, es decir, otra rival.

Quieren los partidarios del centro único de creación que los habitantes de la Mesopotamia y de la Caldea fueran emigrantes, y les designan como procedentes de dos ramas distintas, los Accads y los Sumirs. Los primeros, de raza asiática, ocuparon la Babilonia y la Caldea; los segundos, de origen malo-finés, fueron unos conquistadores, unos turanios que nadie sabe de dónde vinieron, á pesar de que el mismo Maspero supone que al emigrar sabían leer y escribir.

Sin negar que el título de reyes de los Accads y de los Sumirs, que llevaron los de Asiria, designe dos nacionalidades, aún admitiendo que designe dos pueblos, no vemos razón alguna para suponerlos emigrantes. Admitiriamoslo tan pronto se conviniera por todos que los Caldeos representan la raza aborigena de las cuencas genesiáticas del Eufrates y del Tigris, y entendiéramos todos por pueblo turánico, ese pueblo caldaico cuya civilización se desarrolla independientemente de toda influencia egipcia, y cuya trascendencia en el porvenir de la humanidad es inmensa, ya que la historia de la Caldea es anterior á la babilónica y á la asírica.

Tampoco negaremos que cuando pertenecen ya á la historia los reyes caldaicos, sus dominios se extendían por la península entera mesopotámica, que su capital es Babilonia, la Babilonia primitiva, pero esto pertenece ya á una época tan baja, en relación á los orígenes y desarrollo de la civilización caldaica, que bien puede dejarse todo en el punto y hora en que aparece y considerarlo como obra de un movimiento político. Tal entendemos, sobre todo considerando la inmensa antigüedad de la civilización caldaica, pues el más competente de los asiriólogos, el Sr. Oppert, se ha propuesto demostrar que los caldeos sabían calcular ya los eclipses solares 41.542 años antes de Jesucristo.

Mas, si la primera fecha histórico-cronológica para estas regiones es la del año 41.542 antes del Cristo, la primera fecha de un suceso histórico no data sino del año 2.517 antes de nuestra era, época memorabilísima para la historia de la humanidad.

El primer centro político de consideración que los monumentos nos han descubierto, la primera dinastía fuerte y poderosa es la de Ur, y su rey Likbayas en turanio, en semítico Uruk, se nos revela como entregado especialmente á las grandes construcciones útiles, y esto le libra de ser estigmatizado como monstruo del lujo, aun cuando no hay duda de que

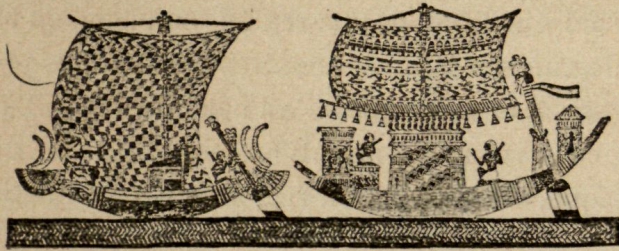


Fig. 187.—Barcas de aparato.

también cabe un lujo de utilidad, pues en efecto son tantas y tantas en número las obras llevadas á cabo por Likbayas, que Maspero estima que sólo la conquista pudo darle el número de brazos necesarios para ello, pues de haberlos pedido al país hubiera despoblado sus campos y ciudades. De este rey existen varios de sus gigantes-tescos templos en Caldea, montículos de 70 m. de lado por 35 m. de alto, perfectamente orientados, y en cuya cúspide se elevaba el santuario de la divinidad y el observatorio astronómico, al decir de aquellos que no pueden imaginarse un caldeo sin tener apuntado su telescopio al cielo.

Ur sucumbió seguramente cuando la invasión y conquista del pueblo cushita, fuera éste ó no extranjero en el Eufrates, pues como reemplazando á Ur, aparece la ciudad de Karrak, en turanio Nisin. Los principes de Karrak son semíticos, cushitas, y su dominación se extendió por todo el país, pues á la vez que fueron depuestos los reyes de Ur, lo fueron los de otras ciudades no menos importantes como Larsam, Sin-Idinor y Nur-Bin. Pero entiéndase bien que, al decir que los reyes cushitas domi-

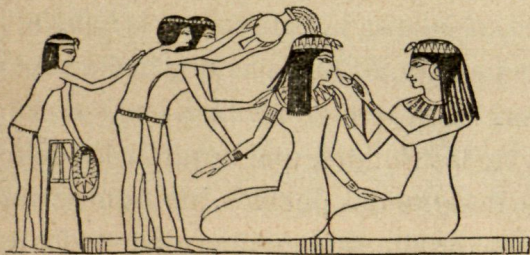


Fig. 188.—Tocador de una dama egipcia.

naron todo el país, entendemos únicamente hablar de la región meridional de la Caldea, pues ya Babilonia se regía por sus reyes pontifices con toda independencia.

Pero había llegado ya para todos esos pueblos la hora de su fusión, y dicho se está que había de venir á realizarla la espada, ya que no pudiera conseguirla la difusión de los principios superiores de la civilización caldáica. Si no sabemos cuándo ocurrió la invasión cushita, ni cuánto tiempo, siglos ó millares de años duraron las hegemonias de Ur y de Karrak, sabemos cuándo ocurrió la terrible invasión que pretendió hacer tabla rasa de la civilización del Eufrates, cuando destruyeron á Babilonia, Karrak y Ur los feroces Elamitas, pues esta invasión se ha podido precisar entre los 2.300 y 2.380 años antes de nuestra era, principio de la dinastía llamada Meda por Beroso, y que durante mucho tiempo se creyó ariana, lo que no es exacto. El jefe de los elamitas era el rey de la ciudad de Susa, Kudur Nakhunta, que regresó á su patria no sin llevarse prisioneros á los dioses de Babilonia, Karrak y Ur, y dejar implantada en dichas ciudades la nueva dinastía, obligado, empero, á pagarle un fuerte tributo anual.

Difícil es saber si las grandes emigraciones de los pueblos cushitas que por este tiempo

se notan, son el resultado todas ellas de esa invasión elamita, ó bien si algunas de ellas son anteriores. Recordando lo ocurrido en Europa cuando la invasión de los bárbaros, tal vez deberíamos dar á la invasión elamita varios periodos, correspondiendo cada uno de ellos á una conquista parcial, y como consecuencia de esas emigraciones parciales que llevaron ora este grupo, ora aquel otro á Karrán, en Mesopotamia, á donde fueron los de Ur; á Siria, en donde pararon los pueblos del golfo pérsico.

La principal de esas emigraciones fué la de los Cananeos, dice Lenormant en su *Historia antigua de los pueblos del Oriente*, que abandonaron su patria primitiva para venir á establecerse en la Palestina, hecho todavía reciente cuando Abrahám llegó allí él mismo con su tribu pastoral. La invasión de Egipto fué como la última etapa ó como el último acto de ese gran movimiento de las naciones, comparable sólo al de las invasiones bárbaras á últimos del imperio romano. Sin embargo, es probable que el valle del Nilo no fuera el término ex-

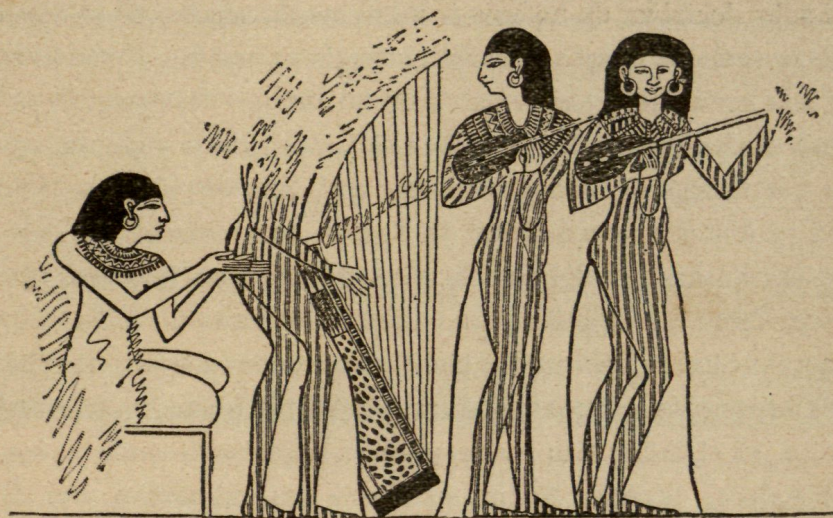


Fig. 189.—Esclavas músicos egipcias.

tremo donde se detuvo la inundación, pues por lo contrario, ciertos enjambres de invasores no hicieron más que atravesar el Delta para alcanzar la Lybia, ó para llegar tal vez al extremo occidental del litoral del N. de África. Sea de ello lo que quiera la masa de los pastores, —que se arrojó sobre el Egipto,— «formaría un confuso conjunto de todas las hordas nómadas de la Asia anterior»... «Pero... la hegemonía del movimiento pertenece, según los extractos de Manethon, á los Cananeos; pero hay indicios bastantes para hacernos pensar que la tribu directora y en la cual fueron elegidos los reyes que se dieron los pastores, estaba emparentada muy estrechamente con los Khetas que nos han dado á conocer los textos jeroglíficos.»

Para los autores antiguos, sin embargo, para el egipcio Manethon, para el griego Eusebio, los pastores conquistadores del bajo Egipto eran fenicios: he aquí una identificación que desde luego excusa muchos errores sobre los orígenes de la civilización mediterránea, errores que, suprimida la cronología y el nombre propio del pueblo, pueden en general reducirse á muy poca cosa.

Los textos jeroglíficos hasta hoy descubiertos no han dado relación alguna de su avance sobre el Egipto ni sobre su establecimiento: lo que sabemos de ellos respecto á su estancia en el Delta, se refiere á su expulsión. Así es que no sabemos de ciencia cierta con qué nom-

bre fueron los pastores conocidos á su llegada, y este nombre le pareció á Chabas una traducción del nombre que les dieron los egipcios, pero Menant escribió en su *Babilonia y Caldea*, página 50, «que el título más antiguo que podemos descubrir—en Caldeo—y que se encuentra entre esos reyes antediluvianos, es el de «Pastor:» en suma lo que resulta cierto es, que los que se arrojaron con tal nombre sobre el Egipto fueron los pueblos turano-semíticos de la Caldea que en sus peregrinaciones se habían ya aposentado en el valle del Orontes y en toda la Siria y Palestina.

Aun antes de saberse de dónde habían salido los pastores, y por consiguiente quiénes eran, habían muchos egiptólogos protestado del dictado de bárbaros que á cada paso les regalaban los autores antiguos y los monumentos de los vencedores de los Khetas; y así durante miles de años se ha creído que en efecto eran los conquistadores del Egipto poco menos que tribus nómadas sin cultura de ninguna clase. Y en verdad que el juicio era fundado, pues sobre la relación unánime de los antiguos y de los monumentos, había que mirar el hecho tangible y por sí solo decisivo, de no existir monumento alguno de la época de los pastores á pesar de haber reinado en Egipto durante dos siglos y medio, y que á excepción de un solo templo anterior á la conquista, todos los de dicho tiempo desaparecieron habiendo llegado hasta nosotros con evidentes señales de haber sido destruidos violentamente. Pero grandes descubrimientos y hallazgos debidos á Mariette, si no han llenado la solución de continuidad que se notaba en la historia monumental de Egipto, han demostrado que aquella produjeronla de un lado la conquista, y del otro la reconquista, pues hoy está probado que más de siglo y medio necesitaron los egipcios para expulsar de su suelo á los extranjeros, á quienes no libró de tal suerte el haber restaurado buen número de templos, ni el haber devuelto á los mismos ó á otros nuevos las antiguas estatuas á cuyo pie pusieron su nombre como una segunda consagración, ni el haber sido los reyes de la segunda dinastía de los pastores, durante la cual el Egipto entero, excepto Nubia, obedeció sus mandatos, una dinastía entusiasta como la que más de las artes, habiendo elevado magníficas construcciones de las que nos han llegado notabilísimos restos, lo mismo en arquitectura que en escultura. De suerte que si es verdad que los pastores llegaron á Egipto en un estado análogo al en que llegaron los godos á España, no menos cierto es que, como éstos, supieron muy pronto identificarse con el pueblo vencido complaciéndose en la restauración de sus cultos.

Los Khetas como pastores, hemos dicho y sostenemos que dieron la vuelta al Mediterráneo, y que es necesario desentrañar ese viaje de las posteriores correrías de los fenicios para poner bien en su punto los principios de la civilización europea, pues no se olvide que la barbarie más profunda reinaba en Europa entera al arrojarse los pastores sobre el Egipto.

Los fenicios á quienes los jeroglíficos llaman Keftas, se dan como oriundos del mar Eritreo, es decir, del golfo pérsico, de modo que este mero parentesco prueba la filiación señalada al pueblo pastor. De este pueblo y de su capital Sidón no se tiene noticia cierta hasta la época de la reconquista de Egipto y expulsión de los pastores, entonces se revela al mundo como el pueblo marítimo, comercial é industrial por excelencia. Sin embargo, este pueblo durante la hegemonía de los Khetas es cuando se lanza á dar la vuelta al Mediterráneo descubriendo el Norte de África, España, Italia y Grecia, estableciendo en todas sus costas é islas importantes factorías y colonias; esto hemos dicho, y esto hemos demostrado, y esto mismo dijo Lenormant:

«Mientras una parte de las tribus cananeas conquistaban el Egipto, y que los Hetheos

(nombre bíblico de los Khetas) hacían sentar á uno de los suyos en el trono de los Faraones, los sidoneses, que no parecían dominados por ambición alguna militar en el continente, empleaban su actividad en el mar; no se sabe si la particular aptitud que por la navegación y comercio tenían, y que los distinguía de los otros cananeos, habíase revelado en su primera patria cuando eran los ribereños del golfo pérsico, ó si no se manifiesta hasta después de su llegada á las riberas del Mediterráneo, en todo caso se desarrolló rápidamente (1).»

Sabemos, pues, ya, que muy antes de que los hebreos se afirmasen resueltamente como una nacionalidad ganándose una patria á sablazos bajo las órdenes de Moisés y de Josué, los Keftas se habían elevado á una altura considerable, como lo demuestran las pinturas tebánicas de tiempo de Thotmes III, en las que vemos representados los pueblos sometidos por el Faraón, pagándole sus tributos, y entre éstos á los fenicios que satisfacen su obligación entregando vasos de metal de variada y elegante forma, como muestra de su adelanto industrial, que además se demuestra en los ricos y bordados borceguíes que suben hasta las rodillas, y en la bordada tela con que cubren sus muslos, donde hay que ver los primores de aquel arte frigio que corría por su frontera noroeste, ó el celebrado arte babilónico.

Los hebreos de Moisés y de Josué fueron arrojados de su patria originaria por los elamitas que les empujaron hasta la Mesopotamia, en donde no pudieron establecerse porque la invasión llegó hasta allí y los arrojó á la Siria, yendo á acampar en las cercanías de Hebrón llevando por jefe á Abrahám. Pero tras ellos vinieron los elamitas, y ya éstos más bravos y enérgicos acaudillados por su jefe no tuvieron otro remedio que pasar al Egipto é implorar la protección de sus Faraones que no les fué negada, tanto que pudo Abrahám, no sabemos si por el modo bíblico que cuenta la historia, ó si por otro, gracias á su apoyo regresaron á Paléstita y volver á Hebrón. Pero tampoco estuvieron seguros los hebreos esta vez, así los vemos con su cabeza correr á ponerse bajo la protección de los Khetas en donde muere y es enterrada Sara, la mujer de Abrahám.

Si Abrahám y Sara son personajes míticos ó reales, esto ya lo hemos estudiado en otro libro dando á conocer las opiniones de Goldziher y Tiele. Para nosotros no es *real* todo lo que cuenta la *Biblia*, como tampoco creemos mítico cuanto así creen los sabios citados.

Cuando, pues, los Khetas se arrojaron sobre el Egipto hubieron de empujar delante de sí á hebreos y á fenicios, si es que Abrahám, ser real, no fué á Egipto en tiempo de los reyes pastores, cuestión insoluble por falta de cronología.

Termina con el establecimiento de los israelitas en Egipto su período prehistórico, ó proto-egipcio, como le llaman otros, y comienza su época histórica, cuyo primer período, el período egipcio, no es por esto menos oscuro y difícil de interpretar. Dominado el Egipto entero por los Khetas ó reyes pastores, el pueblo hebreo tal vez estaba en disposición de ser uno de los elementos más influyentes en la dirección de los negocios públicos, aun con ser de todos los pueblos que formaron la confederación semítica que conquistó el Egipto, el menos notable por su número. Esto se supone racionalmente teniendo en cuenta el estrecho parentesco que existe entre Keftas ó fenicios y hebreos, siendo las más de las veces, imposible deslindar lo que es propio de la civilización de un pueblo ó de otro (2). Además no es posi-

(1) LENORMANT.—*Manuel de l'Histoire Ancienne de l'Orient*.—Paris.—Tomo III, pág. 23.

(2) EVVALD, *The History of Israel*, London 1876.—Tomo II, pág. 3.

ble dejar de ver en la posición que tomaron ó se les asignó en Egipto, un signo de esa influencia y preponderancia. Hoy diríamos que á los israelitas se les dió el punto de honor. En efecto, el país de Goschen forma la frontera asiática, y por consiguiente á los israelitas les estaba encomendada su defensa, y claro está que de no ser un pueblo reputado como guerrero y valiente, no se hubiera puesto en sus manos la seguridad del reino.

Pero si los hebreos ó israelitas fueron influyentes entre los semitas de la confederación de los Khetas, es indudable que como éstos cayeron bajo el peso de la influencia de la civilización y cultura egipcia, infinitamente superiores á la suya. Los israelitas, pues, se egipcizaron, esto es incontrovertible, pero teniendo en cuenta que allí donde quiera que aparezcan, lo mismo en la edad antigua que en la moderna, les vemos formando un centro aparte y aislado, no tenemos reparo en conceder que los israelitas concentrados en Goschen formarían un reino á parte.

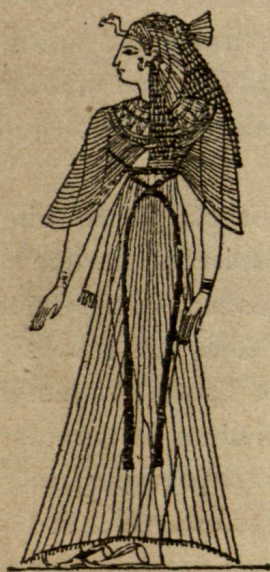


Fig. 190.—Princesa egipcia.

En efecto, cuando los egipcios comienzan con Ahmes I, contra los Khetas, la obra de la emancipación de Egipto, y abren la guerra que durante 150 años llena de ruinas el entero país del Nilo, consiguiéndose la definitiva liberación con Amenhotep, los israelitas, que no aparecen durante la misma en parte alguna, aparecen tan pronto termina, en su propio territorio de Goschen, del cual no se mueven, y en el cual se deciden á vivir como súbditos después de haber reinado en él por siglos como señores.

Y no se mueven de Goschen cuando Thotmes II, hijo y sucesor de Amenhotep, arrastra á los egipcios á la conquista del país de la confederación de los Khetas, y por consiguiente cuando ven caer bajo la dominación de los faraones su patria de adopción; ni tampoco se mueven cuando al empuñar las riendas del gobierno el joven Thotmes III, creen los conquistados, pero no abatidos habitantes de la Siria, en la imposibilidad de emanciparse del Egipto recurriendo á las armas. La guerra fué larga y sangrienta, y en más de una ocasión la fortuna vaciló en decidirse, y si los habitantes del Sud de Siria, país semítico, ocupado por fenicios, israelitas, etc., hubiesen demostrado la decisión del norte que en rigor puede decirse, tantos son sus levantamientos, que pudo ser vencido pero no sojuzgado, la denominación egipcia hubiera sido mucho menos duradera.

De modo que esa influencia egipcia á que estuvieron sometidos los israelitas de Egipto durante siglos, ahora la sentían con todo el prestigio de las armas, los pueblos israelitas de Siria, egipcizándose por consiguiente el entero país judaíta, lo que explica perfectamente la tenacidad de los hebreos por la religión y culto siro ó fénico-egipcio y su resistencia á las innovaciones mosaicas. Para comprender la fuerza de su influencia no hay más que tener en cuenta que gravitó sobre el pueblo de Israel durante los 551 años del reinado de las dinastías pastores, y aun con mayor fuerza y dureza durante el reinado de las dinastías guerreras que comprenden la décimoctava y la décimanona, y cuyo gobierno corre desde el año 1709 al 1462 antes de Jesucristo.

Todos los gobiernos militares ó conquistadores acaban por soliviantar á los pueblos vecinos que confederándose procuran poner término á su arbitrariedad ó á su despotismo. Esto mismo sucedió en Egipto. Reinaba Men-Phtah, el Amenhophis de Manethón, cuando caen

sobre el Egipto los africanos y los europeos combinados. Estos no era la primera vez que habían aportado en Egipto. Atraídos por los Khetias desde los primeros días de su expulsión, aparecen, si no como auxiliares, como sus confederados, pero la suerte de las armas siempre les fué contraria. El indómito valor de los salvajes europeos fué abatido una y cien veces por la disciplina y la energía egipcia. Fueron siempre pocos para que el número diera razón de la ilustración.

La mano de hierro de las dinastías guerreras pesó sobre Egipto hasta los últimos días del reinado de su padre Ramsés. Los reyes guerreros habían llenado el país de esclavos de todas las procedencias; su número era extraordinario, llegando á inspirar serios cuidados, tanto, que según cuenta Manethón, se llegó á pedir al rey su expulsión. Tal vez hubiera sido ésta la medida más política y conveniente, pero como no se hacían los oprimidos resolvieron irse.

Si la salida de los hebreos fué en tiempo de Menphthah ó de su hijo y sucesor Seti II, como sostiene Maspero, poco importa en este momento dilucidarlo, y nuestra opinión fundada sobre haber ocurrido el suceso en tiempo del viejo rey, queda en otro lugar consignada. Moisés, Aarón y Josué fueron los libertadores. Del establecimiento de los hebreos en Palestina nada tenemos que contar, pues no hay quien la ignore, y las exactitudes ó inexactitudes de su relación no nos interesan en esta obra.

Al lado de todos estos pueblos semíticos vivía otro errando por el desierto que fué el más tardío en llegar á la civilización, y que ofreció el despertar el hecho milagroso de conquistar la mitad del mundo civilizado en menos de un siglo, convirtiéndose en guardadores y maestros de la ciencia europea, cuando ésta estaba á punto de desaparecer por entero. Nos referimos á los Árabes.

«Jamás raza alguna antes de tener conciencia de sí misma, durmió un sueño tan largo y profundo como la raza árabe. Hasta llegar el momento extraordinario en que se presenta de golpe conquistadora y creadora, la Arabia no ocupa punto alguno en la historia política, intelectual y religiosa del mundo. No tiene alta antigüedad, y es tan joven en la historia, que el siglo VI de nuestra era es su edad heroica, y que los primeros siglos de nuestra era aun se cuentan para ella entre las tinieblas anti-históricas. Todo lo que cuenta de sus orígenes, salvo tal vez algunas genealogías, lo ha tomado á las tradiciones judaicas desfiguradas con referencias arbitrarias ó evidentes errores: una sana crítica no puede tomarlos en cuenta, y sorprende ver á distinguidos sabios concediendo una seria confianza á documentos tan defectuosos. Mas sorprendente aún es, el que se haya presentado durante tanto tiempo la tradición árabe acerca de los patriarcas como paralela á la tradición judía y como sirviéndola de confirmación, mientras que es indudable que la tradición árabe no es en esto más que un eco alterado de la tradición judaica.» (1)

Dejemos pues á los árabes á un lado, que ya los encontraremos en su lugar, y digamos

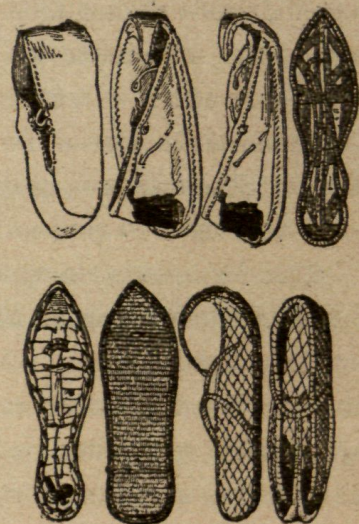


Fig. 191.—Zapatos egipcios.

(1) RENÁN, *Histoire generale et systéme comparé des langues semitiques*.—Paris 1878, V. edición, págs. 304 y 305.

por adelantado que los árabes son como un renacimiento del semitismo, ó si se quiere como una galvanización de esos pueblos destruidos por razas más jóvenes y vigorosas.

De otro pueblo que también fué tardío en tener conciencia de su misión debemos hablar, aun cuando este pueblo no es semita, sino ario ó de raza europea.

Allí al oriente del país de Assur vivían separados de él por el gran Zab y el macizo roquizado del Zagros en la comarca de Namri, varias tribus turanesas á quienes asirios, babilónicos, caldaicos y persas conocieron como Medas. La leyenda quiere que Sesostris-Ramsés II, el vencedor de los Khetas, llegase hasta la Media, pero esto no se ha confirmado, y aun cuando fuera cierto, como no hizo más que recorrerla en son de guerra, la Media no le debió al Egipto cosa alguna. La Asiria y Babilonia parece que llegaron á la Media, los primeros con Nino el fundador de Nínive, los segundos con la famosa Semíramis la fundadora de Babilonia que también fundó en Media á Ecbatana. Legendario ó real todo esto, no se le puede negar algún fundamento ya que la Media acabó por gustar de la civilización semítica, si bien con cierta originalidad hija de la diferencia radical de su pueblo.

La época histórica de esta invasión del semitismo en Media se pone en el siglo noveno que es cuando vemos á los reyes asirios extender y cimentar sus conquistas en dicha región, pero no fué sino hasta los días de Salmanasar III, en 842, cuando en su cuarta campaña, después de haber exterminado ó dominado á las tribus turanias fronterizas llevaban adelante su embestida, que al fin topó con los Amadar ó Medai á quienes también batió y redujo á tributo. El semitismo, pues, se introdujo en la Media por los años mismos en que Atenas y Roma han visto levantarse sus primeras chozas.

Eran los medas europeos ó indo-europeos, y con otro pueblo de igual familia que aparece en la Bactriana, en el Afganisthan y á orillas del Erithreo, los persas forman el gran núcleo de la familia irania. Cuanto indican los historiadores griegos sobre los tiempos primitivos de la Persia es mentira. Los griegos fueron víctimas de la vanidad de los persas que no podían sufrir que parte de los suyos hubieran sido en un tiempo vasallos de los asirios, quienes para mejor dominarlos y semitizarlos de la misma manera que trasportaron á los medas en Asiria y Siria, llevaron colonias de sirios y de hebreos en Media. De esta manera brutal procuraron los asirios cambiar el modo de ser del país sojuzgado.

Dicho se está que este duro é irritable despotismo hubo de producir sus resultados inmediatos, esto es el levantamiento de los medas, si es que llegaron á ser por completo dominados, lo que no creemos, y tal vez lo que cuenta Herodoto de Deikokis perfectamente reducido á Deryakkón por el malogrado Lenormant, tiene un fondo de verdad que luego hubo de exagerar el patriotisma persa. Ello es que no se comprenden las fuerzas que una y otra vez Kyaxares lanzó sobre la Asiria, sin una organización de la Media anterior á su reinado: lo cierto es que el meda pudo á los dos siglos de haber caído en manos de los asirios tomar la revancha, y destruir en 625 la misma Nínive.

«Nínive destruida, el imperio asirico cayó; al cabo de algunos años habia ya pasado al estado de leyenda; dos siglos después, ya no se conocía de una manera cierta el sitio en donde estuvo su capital. Cierto, las otras grandes naciones del Oriente, el Egipto y la Caldea, no fueron en sus días de gloria menos duras para los vencidos: los Faraones de las dinastías tebanas hollaron Africa y Asia con sus sandalias y redujeron á esclavitud pueblos enteros. Pero por lo menos al lado de su obra de exterminio, cumplieron una obra civilizadora. De Egipto y de Caldea vinieron las artes y ciencias de la antigüedad; Egipto y Caldea nos dieron los

primeros conocimientos serios en geometría, en astronomía, en ciencias físicas y naturales, en medicina; si los monumentos caldaicos perecieron para siempre, los de Egipto están en pie para demostrarnos el grado de perfección á que los primeros hombres llevaron la arquitectura. Y si ahora le pedimos á la Asiria por lo que hizo, nos contestará contando sus conquistas, pues todo lo demás lo tomó á sus vecinos. Sus ciencias las tomó á la Caldea; sus artes las tomó á la Caldea y un poco á Egipto; su escritura es caldaica, y caldaica es su literatura científica y religiosa, en suma lo único que le es propio es la ferocidad de sus generales y la bravura de sus soldados.» (1)

Kyaxares sostuvo el imperio meda que no sólo se extendía por toda la Asiria, sino que atravesó el Tauro en donde estaban pueblos de otras familias, pero su hijo y sucesor fué víctima de esa misma conquista asiática. El lujo, el boato, las costumbres de los vencidos le dominaron, y pudo ya prever el momento en que su cuñado Nabucodonosor, casado con una hermana suya y que tanto había contribuído á la caída de Ninive, uniría á sus estados el imperio. Pero si esto no lo vió Azi-dahak ó sea el Astyages de los griegos, lo vió su nieto Kourous el hijo del rey de los persas Kambouzia I, casado con la hija de Azi-dahak. Mandane, á quien correspondía el trono por no haber tenido hijo varón, y Kyros, que no hablamos de otro, indujo á su padre Kambyses á la revuelta, y aunque en un principio no les favoreció la suerte de las armas luego la victoria se decidió por ellos, y el cambio de dinastía se verificó. Los reyes de Persia éranlo ahora de Media y Asiria. Desde este momento la suerte de Asia menor quedó decidida. Los persas eran su gran potencia, y ya es sabido que los grandes y los fuertes sólo dispensan á los débiles su compasión, y ésta desaparece al primer incidente. En suma, los persas ya á partir de Kyros se extendieron por los estados independientes de Asia menor y unos tras otros fueron cayendo bajo su dominación. Dueños de Asia menor atravesaron el desierto y conquistaron el Egipto. Dueños del Egipto y fronterizos de los griegos asaltaron la península helénica. En Salamina se salvó no sólo Grecia sino el genio de Europa. Cuando los hebreos divididos en cien estados diferentes fueron disciplinados por los macedonios, Filipo y su hijo Alejandro comprendieron que la independencia de Grecia, su libertad estaba en Asia, y que mientras la monarquía pérsica estuviera en pie su tranquilidad estaba en su mano. La necesidad, pues, de su propia conservación más que la ambición guerrera de Alejandro llevó á éste al otro lado del Bósforo, y su victoriosa carrera no acabó sino con su vida. El Orontes, el Tigris, el Eufrates, el gran Zag, el Indus le vieron guiando sus falanges macedónicas. El imperio persa dejó de existir. Batido Dario III su último soberano en el Granico, en Issos y en Arbeles, asesinado por uno de sus sátrapas en 330 antes del Cristo, la Grecia sustituyó en Asia á los persas, y tras de los griegos vinieron los romanos.

Sin embargo la posición geográfica de la Media y de la Persia y las condiciones topográficas de su suelo le devolvieron pronto á la Persia su independencia, y ésta conserva aún hoy día, sin que los árabes, mogoles y turcos hayan podido arrebatársela. El mundo antiguo semita desapareció en tiempo de Alejandro y no resucita hasta ocho siglos más tarde á la voz de Mahoma. Los compatriotas de éste conquistan la Persia, pero son á su vez conquistados por los persas, quienes, más fuertes que los árabes en civilización, le dieron inmediatamente sus hombres de ciencia, sus teólogos que hicieron del bravo y áspero islamismo una religión universalista preparando á la vez la independencia de la patria.

(1) MASPERO, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, 2.^a edición.—Paris 1876, págs. 477 y 478.

Ya lo hemos dicho. Los medas y los persas son europeos, pero sus relaciones sociales y políticas hicieron de ellos unos semitas. Sus artes, sus ciencias son semíticas, y si bien llevan un sello especial que los distingue de los pueblos propiamente semíticos, su filiación es tan clara, que son semíticos lo mismo en tiempo de su sujeción á Asiria que cuando dominan la Asia menor entera. Cuando la conquista árabe se arabizan tan por completo, que se hace difícil averiguar si el arte árabe nació en Persia ó no.

Al norte del Tauro, entre el Tauro, el Caspio, el Cáucaso, el mar Negro y el Mediterráneo se habían establecido varios pueblos turanios, escitas y helénicos que hasta la conquista pérsica se defendieron de la invasión semítica, y á quienes devolvió su libertad é independencia la Grecia constituyéndose varios reinos que no siempre supo conservar para su seguridad Roma. Estos pueblos, como sus ríos, miraron siempre á Europa, y su civiliza-

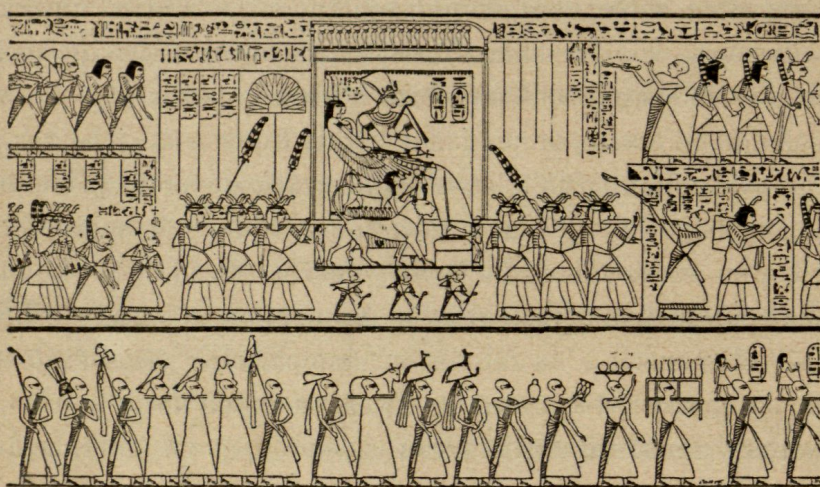


Fig. 192. —Cortejo real egipcio.

ción es europea, ya sea proto-europea ó post-europea, pues hoy día se tiene por averiguado que la misma civilización helénica es el producto del esfuerzo de los jonios asiáticos, y esto parece natural ya que los jonois asiáticos estaban en contacto con pueblos más civilizados que ellos, mientras que los jonois del continente europeo estaban rodeados no más que de bárbaros, ó de pueblos no más adelantados que ellos en civilización.

Resumiendo vemos que en el centro de Asia menor, á orillas del Tigris y del Eufrates, se desarrolla una civilización original y que ésta se extiende por todos los pueblos semíticos de la misma, logrando también conquistar á los iránicos que sólo logran adjetivarla. Esta civilización en contacto con la egipcia en Occidente recibe sus manifestaciones y las acogen, moldeadas empero en sus propios moldes, porque hay entre una y otra una conformidad originaria. Esta civilización mientras está en pie resiste á griegos y romanos porque sus respectivas civilizaciones son antipáticas, solo cuando muere, dejando empero clavado su aguijón en el mundo europeo, es cuando se heleniza y romaniza. Ya sabemos, pues, qué es lo que debemos pedir á los pueblos asiáticos de Asia menor en una historia del lujo.